

CASI UN CAMINO EL CAMINO FRANCÉS

Carlos Faig



AK Lecturas Clínicas
Buenos Aires – 2026

CASI UN CAMINO EL CAMINO FRANCÉS

"La guerra es aburrida"
John Huston

I. Reflexiones, ocurrencias

-Primer paso. Es conocida la relación entre mitología y astronomía. Sin duda, es aún mejor conocida la conexión entre la astrología y el firmamento. Los signos del zodiaco se leen en la noche abierta. Los hombres interpretan el cielo nocturno en la Mesopotamia, en los antiguos mitos. La relación entre el camino francés y la vía láctea es un poco menos conocida. El camino la sigue. (De allí la Compostela, derivada del latín: campus stellae) Resulta, entonces, que caminamos por el cielo, o éste baja a nosotros. Nos hallamos entre el reloj y el telescopio. El camino es, quizá, la última manifestación de un antiguo procedimiento.

El cielo pierde en el Renacimiento significación y comienza a reducirse progresivamente a fórmulas. Sufre un golpe del que no se recuperará. Aunque algunas creencias y ejercicios aún perviven. El camino es un ejemplo de esta supervivencia (tanto como el horóscopo). Conserva sentido. Así, pues, marchamos sobre una alegoría medieval.

-Ida. Si hay algo evidente, y que pasa desapercibido, es que el camino no tiene retorno. Es unidireccional. El camino que baja y el que sube son siempre el mismo, se nos enseña. Pero en este caso, eso no ocurre. Es una excepción que tiene su importancia: liga con nuestro fin. Cuando alcancemos la inmortalidad, las flechas indicaran dos sentidos. Pero para entonces - cuando haya ida y vuelta- no existirá el camino. Perderá su propósito.

-Otra obviedad. El camino está hecho en gran parte de piedra, es casi un adoquinado. No vamos pisando con descuido el césped. Ni siquiera la tierra. Caminamos sobre el no-ser que nos subtiende. Incluso compuesto de fragmentos con los que podemos tropezar.

De nuevo nos encontramos con nuestro destino: yacer en tierra.

-Mímesis I. ¡Buen camino! -se saluda en esta longitudinal plaza de la humanidad-. ¡Ultreia! Así, experimentamos una mímesis con lo humano. La plaza, multirracial, es hoy de lengua inglesa. Y, sobre todo, largamente turística.

-Mesmer (que también está por allí). ¡La flecha! El camino nos inmoviliza, como a algunos animales que quedan paralizados ante una línea roja trazada sobre una tela blanca. Oxímoron o deconstrucción: avanzamos detenidos. La captura es notable. Al punto de que, al completar el recorrido, no sabemos bien hacia dónde disparar.

-El bebé. El ritmo y la respiración nos siguen en nuestro peregrinaje. Faltan, es cierto, los latidos del corazón materno para tranquilizarnos. Algunas guarderías los graban. Cuando los reproducen, los bebés dejan de berrear. Pero no necesitamos esos latidos. Bastante hemos llorado.

-Mochila. En lugar de angustiarnos, llevamos nuestra mochila. Todos cargan ese peso. Aunque envíen sus bártulos al próximo albergue, estos siguen sobre las espaldas frágiles.

-Masoquismo. El peregrino es ciertamente masoquista. Y culposos y culpables. Consigue su madera en el camino.

-Fe turística. Emprender el camino es un acto de fe. Lleva a algún lugar. Y creemos que termina. Entre tanto, a falta de flechas amarillas, seguimos a otros peregrinos. Suponemos

que saben adónde van. Entramos, así, en la ronda de los ciegos. Brueghel da su presente. Es el estadio de la ceguera.

-Partenaire. Hay etapas en las que nos acompaña otro peregrino (a veces vamos en grupo, un tanto promiscuamente). A poco andar se distancian. Toman un descanso o se adelantan. En ocasiones, terminan su trayecto. Realizan sólo un tramo del camino. Como en la vida, nuestras parejas comparten con nosotros un trecho de la existencia. Somos monógamos seriales.

-La mente. Todo el viaje llevamos nuestros pensamientos, nuestra cabeza, por delante o por detrás. Está allí y se bambolea. La vida interior es obstinada, eficaz. Y advertimos que viaja pegada. Así se nos presenta, tal como es, el síntoma. Lo mental. El camino es la catarsis de ese síntoma. Al menos, lo airea un poco. Incluso, lo oxida. Terapéutica del duelo: se deja atrás. Un duelo sobre recuerdos, y no sobre rasgos. Duelo atípico, singular, pétreo. En la cruz de Ferro se acostumbra arrojar una piedra hacia atrás, hacia el montículo, de espaldas a la cruz. Simboliza lo que queremos eliminar, o resolver, de nuestra vida.

-El Uno ateo. Reflexionamos -aún es noche-, bajo la vía láctea. El concepto de universo que se maneja habitualmente participa de una suerte de imaginario colectivo, construido durante milenios, y es pura dóxa. Su base geométrica proviene de Euclides, de Los Elementos, año 300 a.C. (Quizá date de unos siglos antes, si, como se cree, esta geometría se origina en los egipcios.) En el Renacimiento se suma el concepto de infinito. La recta se compone de infinitos puntos. El siglo XIX proporciona sustento y argamasa con el materialismo. Nada de esto se sostiene hoy. Hay diversas geometrías. El universo podría ser un cross-cap, por ejemplo. El transfinito supera y descompleta al infinito. Se intercala. Y la materia y la energía se disuelven en fórmulas. Este estado de cosas empeora debido a la existencia de la física cuántica (que podría ser otro universo, un diverso o, aún, un desuniverso) y los diez o doce estados de la materia que se han sumado a los repetidos tres de nuestra primaria. La idea corriente del universo es, por esto, una concepción del mundo.

Einstein, Marx y Freud también tenían su Weltanschauung. A su modo, eran creyentes. No practicaban una religión. Y no eran, con toda seguridad, católicos, apostólicos y romanos. Sin embargo, los tres creían en el Uno. A Einstein le fastidiaba la física cuántica. Dios no juega a los dados, decía. Y Bohr le replicaba: "Deje de decirle a Dios lo que tiene que hacer!".

Freud, por su parte, creía en el padre. El Urvater, objeto de una transmisión filogenética darwiniana (desde la horda primitiva).

Marx creía en la deducción de la historia y sus leyes, a partir del comunismo primitivo. Él también sostenía un capullo inicial, en el fondo de todo, que se desplegaba y daba razón de sus pétalos.

Ninguno de ellos escapaba al importante elemento religioso presente en la educación. Hay un principio y hay Uno. (Y nada de concebir perforado al Uno. A este, como al camino, le falta una parte, poco o mucho, un pequeño agujero, o la mitad, o más.)

Hegel quizá diría hoy, en su Prefacio, que la educación es religiosa, por laica que se pretenda.

Lo binario nos constituye y domina (principio y fin, sentido y no-sentido, nada y creación), y no deja lugar para un "casi un Uno". Así razonamos, estemos o no bajo las estrellas que nos guían.

-La Virgen María, la Inquisición. La cantidad de ermitas, iglesias, santuarios y catedrales que pueblan el camino testimonian de la influencia y el poder que tuvo la Inquisición en la España mariana. (También los Templarios dejaron sus huellas partout.)

La Virgen María, así como el camino, es un mito teológico. María, madre de Jesús, transforma el descender en ser autóctono. Venimos de Dios, que nos creó, y asistimos con la Virgen a la divinidad del hombre: en Jesús y en la eternidad que abre a la humanidad. La serie deviene uno. Se cumple la fórmula canónica del mito en el hombre divino.

-Comparación.

Camino - Oráculo

Fin - Principio

Viejo - Joven

Atrás - Adelante

Liberación - Compromiso

-Hábitat. Euclides y la topología del toro. El camino es un hábitat que no es fácil reconocer como tal. Mientras vivimos en él perdemos contacto con el lugar que incorporamos y cuyo agujero nos lleva puestos. Ese agujero, en el que nos hemos asentado, se suspende. El cuerpo trajinado se presenta, se impone. El lugar (el agujero) se separa parcialmente, distinto y coincidente.

-Transferencia. La pregunta más frecuente que se dirige al peregrino reza: ¿Por qué hace usted el camino? Casi un saludo. La vida en el camino y su goce hace esquizo con la existencia. Si el peregrino pudiera contestar -y no es que no lo haga-, sabría de su vida, de lo que caminó, y de lo que le espera -y no puede representar-.

II. Anécdotas

-Castilla. Estábamos cenando en un albergue. Uno de los comensales, en cuanto pasa un ángel, dice con voz segura: "Castilla es magia". -¿Por qué? -interrogo escéptico. "Nada por aquí, nada por allá. Y de pronto aparecen peregrinos". -No hay casi nada, pensé redundando.

-Know how. Roxana, la mexicana, me mostró cómo fotografiar al primer sol. En un momento -la etapa suele iniciarse aún siendo noche-, comienza a clarear. Hay que darse vuelta cada tanto (el nuevo día despunta a nuestras espaldas) hasta que el astro se deja fotografiar, saltando brioso y desnudo de la cama.

-Economía. Existen los pseudo peregrinos. Gente que toma vacaciones en el camino. Se trata de un turismo económico. Los albergues son accesibles. Y, por lo general, se puede cocinar en ellos.

Van hasta Burgos o León, o desde Burgos a León, por ejemplo. Desde allí vuelven, en tren o bus, a sus hogares. Ya se asumió que el camino es mayoritariamente turístico, lo hemos dicho. El porcentaje espiritual y religioso existe, pero es bajo.

-No se inscribe. Encontramos viajeros que han hecho el camino varias veces. Entre ellos, hay quienes hicieron también otros trazados: el del norte, el primitivo. O partieron desde Madrid u Oporto. Como si trataran de completar todas las rutas jacobeanas. Son los adictos al camino.

-Collage. El camino francés permite visualizar parte del tan vistoso como problemático collage español. Partimos desde el país vasco. Separatista, es bien sabido. En Navarra aún se habla euskera. Pasamos La Rioja. Y en Castilla y León encontramos una disputa muy presente. Por ejemplo, en los carteles que la comunidad autónoma dispuso sobre el camino.

En Castilla, León se tachó con pintura blanca y desprolija. Sólo se lee "Castilla". Menudo trabajo. En León ocurre lo contrario. Era de esperar.

Luego, Galicia, que reivindica su herencia celta y el Halloween. Y, además, a los galos. Y habla gallego. Es mucho.

Alfonso II, el primer peregrino, en el año 834, unificó Asturias. O, al menos, lo intentó mediante el camino primitivo. Los restos de Santiago sirvieron a este propósito. Entre religión y política -en el siglo IX eran casi la misma cosa-, ideó una magnífica y arriesgada estrategia -en especial, considerando que Santiago había sido decapitado-.

-Una dificultad. ¿Hay levante en el camino? Sí, como en todas partes. La reproducción no cesa. Pero no hay albergues transitorios. ¡Vaya paradoja! E incluso, en muchos pueblos, ni siquiera hay simples hoteles. Se hace difícil.

-O Cebreiro. Galicia es verde. Llueve y llueve, bajo los chopos medio deshojados y sobre la piedra, tan gallega, mística y arquitectónica. En Cebreiro -entrada a Galicia por el camino francés- la humedad se cree definitiva. En ese pueblo, nos hallamos envueltos por la niebla o dentro de una nube. Las pallozas flotan sobre calles anegadas. Los bares están repletos de peregrinos que consumen y se restauran. El milagro de la eucaristía y el Santo Grial gallego se secularizan.

-Epifanía. Cuando visité el santuario de Santa María la Real de O Cebreiro -famosa por lo que allí ocurrió-, asistí a un sermón en inglés. Si bien entre los fieles se encontraba una delegación religiosa de otro país, que recibía algún tipo de formación, me pareció acorde, en sintonía, con el camino de hoy.

-Potasio. El menú peregrino desaparece en León, o cerca de esa ciudad. Se suplanta, en el mejor de los casos, por el menú del día. Correlativamente, los precios comienzan a subir en relación inversamente proporcional con la distancia a Santiago. Los tramos finales son, pues, más costosos. No obstante, algo no cambia de valor. La banana, en cualquier chiringuito del camino -desde el primer refugio -el Orisson- en adelante-, cuesta cara. Es muy requerida.

-Clientela cautiva. Los albergues, en algunos pueblos pequeños, son la única opción de cena. Los peregrinos llegan ya pasado el almuerzo. Les resta merendar, si pueden, y cenar. En esos pueblos no hay restaurantes. Quizá ni siquiera otro albergue.

-Razones. Los coreanos -nos preguntamos por qué- son numerosos en el camino. En extremo disciplinados, se levantan muy temprano. Su desayuno es un cálculo de arroz, verdes, huevos duros, soja y frutas. Caminan como los mejores.

Son mortales.

-Doble equilibrio. Otra forma de emprender el camino es en bicicleta. Las condiciones para obtener la Compostela cambian. Hay que recorrer al menos 200 kilómetros. En algunos tramos, un grupo de diez, quince ciclistas -vienen por detrás nuestro-, complican. Sobre todo, cuando el sendero tiene 50 centímetros de ancho y a los lados hay pequeños precipicios.

-Como si hubiera hecho poco. Llevaba una mochila de las grandes. Dentro de ella iba la Virgen María. La estatua había sido bendecida en la catedral de San Isidro, en la provincia de Buenos Aires. La Virgen se dirigía a reunirse con Santiago.

-Prerrogativas. En Santiago el peregrino pierde su estatus, sus privilegios. Y se lo advierte sin dilación. En la catedral es amonestado cuando intenta fotografiar el Pórtico de la Gloria. Otro tanto ocurre, a pocos pasos, en el museo, y aún en la oficina del peregrino. Es un civil entre otros. Lo castrense quedó atrás.

-Tumbas vacías. A lo largo del camino vemos cruces precarias y mojones improvisados cubiertos por decenas de fotografías, pulseras, adornos. Recuerdan a los ex votos. Suerte de ofrendas. Pero estas rinden homenaje a los caídos en el camino. El más conocido es el que honra a Shingo Yamashita.

-¡Presente! Murió a sus 64 años, entre Roncesvalles y Zubirí, y fue sepultado en Japón.

-Cuántos. No conozco el número de fallecidos durante la travesía. Participan en la gesta 350.000 personas por año. Se supone que la cifra es baja. Una consigna del gobierno español repite: "Peregrinos, no muertos". Las precauciones y advertencias que vemos en el camino expresan esa preocupación. Son diversas. Indican partes comunes del camino con rutas nacionales o provinciales -"¡Vaya por su izquierda!", resuena-, cruces de la senda con autovías, puentes, vías férreas, etc.

Harían falta también -siempre en tren de preservar al peregrino- señales que precisen cuánto falta para el próximo pueblo. "Usted se halla a dos kilómetros de su siguiente bocadillo (casi un almuerzo)".

-Fotos obligatorias. La primera, el punto cero, la Puerta de España, en Saint Jean de Pie de Port. Desde allí, tomamos la ruta de Napoleón -la calle se llama así- para cruzar los Pirineos.

El monumento a los peregrinos, entre Pamplona y Puente de la Reina, en Navarra. Se halla sobre la sierra del Perdón, "donde se cruza el camino del viento con el de las estrellas".

En tercer lugar, la Cruz de Ferro, sobre el monte Irago, en León. Es otro de los hitos del camino. Curiosamente, uno no lo esperaría, con 1505 msnm, constituye el punto más alto que alcanzamos en el camino francés. En los Pirineos ascendemos hasta 1424 msnm.

El kilómetro 100, a unas cuabras de Ferreiros, es otra foto obligada. ¡Casi la meta!

El monte do Gozo, a pasos de Santiago. Se realizaba allí antiguamente una carrera hasta la cima. El vencedor era coronado como el rey de los peregrinos.

Finalmente, frente a la catedral de Santiago, con los bastones en alto, apuntando al cielo.

Quizá habría que agregar la Puerta del Perdón -aunque lleguemos sanos, salvos y de una pieza-, en Villafranca del Bierzo. (Y las que el peregrino considere convenientes, sin objeción.)

III. Logística

-¿Cuántos kilómetros son? La Compostela que se tramita en Santiago puede acompañarse, a pedido, de un certificado de kilometraje. Éste consigna, 778 kilómetros, partiendo desde Saint Jean de Pie de Port. Pero esta cifra no es nada firme. Al llegar a Roncesvalles, leemos en un cartel que Santiago se halla a 790 kilómetros. Obtendríamos, sumando el tramo ya recorrido, unos 820 km. Asimismo, los mojones y los carteles a lo largo del camino presentan diferencias importantes. Otro tanto ocurre si comparamos estos datos con el GPS de nuestro celular. Tampoco coinciden los indicadores dispuestos por el gobierno nacional con los de las comunidades autónomas.

Me hallo en el km 354. Mi expectativa era superar, en unos días, los 300. Sigo viaje alrededor de media hora. Otro mojón me indica que estoy a 356 km. ¡Camino para atrás! -deduje, en correcta aritmética.

Según parece no es fácil medir el camino. ¡La Nasa debería intervenir!

-El paisaje y las piedras. Hay que disfrutar el camino y no la meta, se dice. Ejercicio del carpe diem. Un tópico aplicado al de por sí literario camino. Pero, valga como ejemplo del disfrute, mirar el paisaje. No es nada simple. Un descuido y estamos en el suelo. Las

piedras son muy resbaladizas. La pizarra es temible. El camino no es glamoroso. Es, más bien y, ante todo, un apostolado transitorio. La realidad está lejos de presentarnos un sendero plano y continuo, verde, como se imagina.

-Los puestos de las asociaciones de amigos del camino. No hay muchos y se agradece encontrarlos. Ofrecen higos, naranjas, frutos secos... En los más grandes podemos servirnos café o té. Están perdidos, lejos de todo. A considerables kilómetros del próximo pueblo. Su ubicación forma parte de la logística (en este caso, casi simbólica) del camino. Se presentan como el revés de algunos chiringuitos que se emplazan cerca de una ciudad, pero desde donde todavía no es posible visualizarla. Salen a buscar al cliente, antes de que recupere la vista. Con frecuencia son camionetas o camioncitos. Se abre el lateral del vehículo y se extiende un mostrador. Es un pequeño almacén y bar ambulatorio sobre el que los peregrinos se abalanzan.

-La caza. Los cotos de caza son comunes en España y, por supuesto, también se los encuentra en el camino. Suelen soltarse allí perdices, liebres y, a veces, jabalíes. El camino está exento de alimañas. No hay víboras ni ratas. Tampoco mosquitos. Sí hay moscas. Tan inevitables como vulgares, son muy molestas. Si se les antoja, nos siguen engolosinadas un largo trecho.

Puede ocurrir que un jabalí traspase el cerco de alambre de púa que limita el coto. En ese caso, nos veremos en figurillas. El bordón de fe, aunque mida la esperanza, no servirá de mucho.

-Mímesis II. La diferencia entre caminar e ir en auto radica en que el peregrino deviene parte del paisaje. En un vehículo sólo lo transita. Pernoctar en hoteles también es otra cosa. La experiencia del camino hace insoslayables a los albergues. El peregrino se identifica al peregrino, y se disfraza de tal. A este fin, empieza comprando uno o dos bastones. Más adelante, adosa a su mochila una concha de Santiago. Y, luego, el camino lo lleva solo, sin amortiguación y un poco tenso.

- Simbolización de la muerte. No insistamos. ¿Ya debe haber quedado claro!

-Música. Si hubiera altoparlantes en el camino, en algunos trechos al menos, ¿qué imaginaríamos que suena? Joan Manuel, una jota, canto gregoriano, My way, música celta, flamenco, un blues de aquellos, In a gadda da vida...?

-El paganismo hoy. Algunas personas, parejas, incluso familias recorren parte del camino como una forma de turismo gastronómico. La cocina española ofrece muy diversos platos, e, incluso, se sabe, estos cambian poco o mucho según la región. El pulpo a feira o a la gallega, el cocido madrileño, paella, besugo, fabada, morcilla de Burgos, el lacón con grelos, el vino de La Rioja, la tarta de Santiago, natilla, torta vasca...

-Poesía. Antonio Machado es el número uno. Se lo encuentra por todos lados. Tal vez el poeta no hizo el camino -no hay camino, sostenía- pero aportó a su esencia.

-Síndrome de Stendhal. Este síndrome, por mucho y lento que se camine, no nos alcanza. Nadie, según parece, desea volver a la edad media.

-Finalmente. Resta el abrazo jacobeo -Santiago conserva su cabeza bien puesta- y partir. Se lo abraza por la espalda. Se pide un deseo. Sólo uno. El santo está en exhibición hace mil doscientos años. No hay que abusar.

-That's all folks!